

— Que la voluntad de Dios se cumpla, dijo hipócritamente el conde levantando los ojos al cielo con una compunción de que el abate Bouquemont se hubiera mostrado orgulloso.

— En cuanto al día, replicó el mariscal, será el mismo de las exequias de la señora mariscal; dejaremos que concluyan los funerales y á la vuelta nos encontraremos en la plazoleta del jardín. Tened dispuesto para entonces lo que queráis.

— Estaré dispuesto, señor mariscal.

— Perfectamente, añadió Mr. de Lamothe-Houdón volviendo la espalda al conde.

En seguida se retiró.

Pero apenas el anciano se hubo separado de la habitación, cuando un portier se levantó y se presentó Regina.

— ¿ Vos aquí ? exclamó el conde.

— Sí, dijo en voz baja la princesa, todo lo he escuchado, todo lo he oído, lo sé todo. Vos vais á batiros con el mariscal.

— En efecto, dijo el conde con frialdad.

— ¿ Vos vais á dar muerte al anciano ? continuó Regina. ¡ Ah ! ; ciertamente que sois un infame ! exclamó la princesa.

— Y más infame de lo que vos podéis creer, princesa, porque estoy decidido antes del duelo á poner en conocimiento del mariscal todo lo que ignora.

— ¿ Qué queréis decir ? preguntó con espanto la princesa.

— Podéis sentaros y escucharme : entre esposos no debe haber secretos, y voy á deciros lo que pienso decir en seguida al mariscal.

— Hablad, caballero

— ¿ Pero no os sentáis ?

— En vuestro cuarto no, porque sabéis muy bien que esta sería la primera vez que lo hiciere.

Y después, con una dignidad admirable añadió :

— Hablad... ya os escucho.

CAPÍTULO III.

CONVERSACIÓN DEL CONDE Y LA CONDESA RAPPT.

Á esta invitación tan firme y decidida de Regina, una amarga sonrisa se presentó en los labios del conde.

— Es una conversación demasiado triste la que vamos á tener, señora, dijo Mr. Rappt afectando un profundo disgusto.

— Cualquiera que sea, podéis empezarla, porque estoy resuelta á escuchar cuanto podáis decirme.

— Conforme habéis oído, pasado mañana me batiré con el mariscal de Lamothe-Houdón.

Regina, al escuchar estas palabras pronunciadas con tanta sangre fría, sintió un estremecimiento convulsivo en todo su cuerpo.

El conde advirtió el movimiento involuntario que había hecho, pero continuó como si nada hubiese visto :

— ¿ Qué resultado suponéis que podría tener este duelo ?

— Caballero, dijo la condesa, la pregunta es horrible, y yo no os daré jamás ninguna contestación á ella.

— Pero, sin embargo, continuó el conde mirándola con una sonrisa todavía de más intención que la primera, es-

tando demostrada la necesidad absoluta de este combate, vos debéis desear que se salve uno ú otro.

— La necesidad de ese duelo no se me ha probado, dijo Regina procurando eludir la cuestión.

— Con sólo ver la palidez de vuestro rostro, Regina, estoy seguro de lo contrario. Os conozco, sé la nobleza de vuestro corazón; sé que nada de lo que hace relación al honor os es extraño; que vos repetís, como yo me digo á mi mismo, que un militar insultado, como yo lo he sido, no tiene otro medio de lavar el insulto que batiéndose.

— ¡ Con su padre, con su bienhechor !

— El mariscal no es mi padre, Regina, no es más que mi suegro... (Estas palabras las pronunció con tal entonación, que hizo lanzar una exclamación á Regina). En cuanto al título de bienhechor que vos le dais, hay en sus actos, lo mismo que en todos los servicios que el hombre presta al que está más unido, un fondo de egoísmo, ó una especulación de reconocimiento que quita cierta parte de mérito á la acción.

— Sí, estoy persuadida de ello, respondió la princesa dando un suspiro; los ingratos tienen una teoría muy semejante á la que vos me dais.

— Admitamos que yo sea un ingrato; pues este ingrato que no es vuestro marido, se bate con vuestro padre que tampoco es vuestro padre: ¿ por cuál de los dos combatientes desearéis que quede el campo ?

— Caballero, la pregunta es impía y rechazo formalmente el contestarla.

— Es indispensable, princesa, porque de esta contestación va á depender la felicidad ó la desgracia de vuestra vida.

— Caballero, vuestra insistencia es espantosa, y os recordaré que mi madre ha muerto hoy mismo.

— Lo sé perfectamente, porque pasado mañana, día de los funerales, me bato con el mariscal.

— ¿ Y qué puedo hacer yo ? ¿ acaso tengo algún medio de evitarlo ? ¿ he podido yo tomar parte en la situación en que vos mismo os habéis colocado ? ¿ queréis que busque al mariscal y que me eche á sus plantas suplicándole renuncie á este combate ?

— ¡ Ah ! vos no me comprendéis, señora, dijo el conde sonriéndose de una manera desdefiosa: supongo que no os he dado motivo para que dudéis jamás de mi valor, ¿ y acaso suponéis que temiéndole pueda ocurrirme jamás la idea de encargar á una mujer el arreglo de mis asuntos de honor ? No, lo único que os pido es el que formuléis vuestro deseo, cualquiera que sea.

— ¿ Y para qué, Dios mío ?

— Porque tengo necesidad simplemente de saber á qué atenerme. Veamos: reasumamos con claridad esta pregunta para evitar á la imaginación todo recurso de evasiva. ¿ Á quién deseáis ver morir mejor, á vuestro padre ó al marido de vuestra madre ?

— En verdad que esto es infame, murmuró la princesa.

— Es infame, convengo en ello, añadió Mr. Rappt; pero ¿ qué deseáis ? respondedme.

— ¿ Lo deseáis ? dijo la joven mirándole fijamente y dando un paso para ir hacia él.

— Lo exijo, Regina.

Después con una sorpresa de amabilidad continuó:

— Perdón, señora... os lo suplico.

— Pues bien, puesto que lo exigis, señor conde Rappt, yo os aborrezco; señor conde Rappt, os desprecio: hé aquí mi respuesta.

— ¡ Regina !

— Os aborrezco, tanto como mi corazón puede aborrecer, y os desprecio tanto como mi alma puede despreciar.

— ¡ Regina, Regina ! exclamó el conde, tened cuidado con lo que decís.

— Yo no temo nada, dijo Regina, porque yo no tengo que temer nada en el mundo más que á vos.

— Regina, la paciencia tiene sus límites.

— ¿ Á quién os dirigís ?

— Es que puedo perderos ó salvaros.

— No tenéis más que un solo medio de salvarme, y este es morir.

El conde se adelantó hacia Regina con las manos extendidas como si fuese á pegarla.

— ¿ Qué le sucede á mi padre ? preguntó Regina.

El conde retrocedió.

— Escuchadme, dijo el conde apretando las mandíbulas.

— Permitid me retire á mi habitación, no tengo nada que escucharos.

El conde se colocó entre la puerta y Regina

— Sin embargo, es preciso que me oigáis.

Regina se dirigió al cordón de la campanilla.

— No llaméis y os permitiré retiraros á vuestro cuarto, dijo el conde estremeciéndose ; pero os prevengo una cosa, y es que si llegáis á salir, haré mi confesión completa al mariscal.

— ¿ Qué habéis de decirle que no sepa ya ?

— Le diré que vos no sois su hija.

Regina creía que efectivamente se había dejado al anciano este último consuelo de creer que era su hija.

— Caballero, si tenéis la más ligera idea del bien y del mal, supongo que no diréis nada.

— Lo haré como tengo el honor de deciroslo, señora, prosiguió el conde dirigiéndose hacia la puerta, y ahora podéis quedaros ó salir.

— Me quedo, dijo Regina : ¿ qué queréis, qué exigis de mi en cambio del reposo de ese hombre tan honrado ?

Y al mismo tiempo dejó caer sus brazos inertes á sus costados.

El conde se sonrió imperceptiblemente.

— Ya veis que es indispensable que hablemos.

— Os escucho.

— No volveré á insistir más en la pregunta que os tengo hecha en cuanto á vuestros deseos, respecto del resultado del duelo con el mariscal ; porque ya me habéis indicado lo suficiente. Pero quisiera saber, antes de morir, porque vos supondréis que no he de defenderme contra mi bienhechor, contra mi padre, como vos le llamáis, en fin, contra un anciano ; pues bien quisiera saber si vos no tendréis después de mi muerte respecto de mis faltas la indulgencia que las negáis durante mi vida. El hombre que os habla, Regina, sea casualidad, sea fatalidad, es vuestro padre.

— ¡ Ah ! exclamó estremeciéndose Regina.

— Pues bien ; quiere probaros que tiene sentimientos paternales.

— ¡ Vos, vos que sabiendo que era vuestra hija, os habéis casado conmigo !

— Si, ¡ pero yo me arrepiento, Regina ! y nuestros libros sagrados dicen que Dios prefiere al pecador que se arrepiente al justo que jamás ha pecado.

Regina le miró. La duda se presentaba en su mirada.

— Si, y no solamente me arrepiento, continuó Mr. Rapp, sino que además quiero vuestra felicidad.

— No me digáis tanto, porque no os creeré nada.

— Regina, replicó el conde Rappt con un tono más afable, cualquiera falta que yo haya podido cometer, siempre os he amado como á mi hija, y si lo habéis dudado alguna vez, ésta es mi verdadera falta; pero en este momento solemne sólo pienso en hacer vuestra felicidad.

— Explicaos, caballero, dijo la princesa temblando.

— Vos amáis, Regina, á uno de los hombres más recomendables que hay en el mundo: desde que nos hemos explicado respecto de Petrus, he tomado acerca de él algunos informes y me he convencido de que vuestro amor no podía estar mejor colocado.

— Caballero, á la verdad que cuanto más os escucho menos comprendo dónde queréis ir á parar.

— Ya llegaremos, y por consiguiente lo podréis saber, dijo el conde. Pues bien: deseo tener de aquí á mañana y antes de pasado mañana, antes de mi encuentro con el mariscal, una entrevista con ese joven.

Regina retrocedió admirada.

— ¿Pero estáis soñando?

— Perdonadme, princesa; pero desde que estoy hablando con vos, tenéis razón que no hago más que soñar en eso mismo.

— ¿Pero qué le queréis?

— Ese es mi secreto.

— ¿Provocarle? ¿Batiros con él?

— Si vos hacéis lo que os pido, princesa, por el alma de vuestra madre que no provocaré á Mr. Petrus y que no me batiré con él.

— ¿Pero entonces, qué podéis tener que decirle?

— Mil cosas; bien entendido que es por interés vuestro, querida princesa. Qué queréis; la desgracia de que os he

convertido en víctima me aqueja profundamente y deseo reparar mi crimen.

— Si así es, caballero, podéis ir á buscarle, aunque á la verdad, no me explico el objeto de vuestra conducta.

— ¡Ah, Regina, y vos que os tenéis por una mujer de talento deseáis que se me vea entrar en casa de ese joven! ¿Qué papel había de representar allí? yo os lo pregunto. ¿El de portador de vuestras cartas? No: mi proposición es mucho más sencilla; yo os ofrezco el que me preparéis una entrevista con él á la hora que os parezca más favorable, por la tarde, por ejemplo.

— Caballero, dijo la princesa fijando con una visible repugnancia y una larga mirada escudriñadora sobre el conde, ignoro vuestro objeto; desconfío mucho de vos, pero conozco la lealtad de Mr. Petrus Herbel. Cualquiera que sea vuestro pensamiento y vuestras intenciones, mañana á las cinco estará aquí.

— Olvidáis, princesa, que del mismo modo que no se me debe ver penetrar en la casa de Mr. Petrus, tampoco á él se le debe ver entrar en la vuestra, y si mañana á las cinco de la tarde viniese aquí, todo el mundo, le vería, y ya sabéis que si mucho temo la calumnia de los extraños, temo más todavía la murmuración de los criados. Llamad en vuestro auxilio toda la sutileza de una mujer y comprenderéis la gravedad de semejante entrevista. Vos tenéis casi todas las noches una cita en el jardín con Mr. Petrus Herbel, ¿acaso creéis que ignoro lo que sucede en mi casa? Pues bien: proporcionadme una de estas entrevistas con él.

— Pero... interrumpió la princesa.

— Pero, interrumpió también á su vez el conde; en verdad, señora, que no comprendo cuáles son vuestras obje-

ciones, á no ser que tengáis de mí no sé qué género de desconfianza que yo no podría formular.

— ¿Y si, en efecto, yo desconfiase?

— No os preguntaría de quién, pero sí de qué.

— De todo, caballero. Qué queréis, es una desgracia, pero os considero capaz de todo.

— Yo os aseguraré la tranquilidad con una sola palabra.

— Decidla.

— Asistiréis á la entrevista de cerca ó de lejos; como mejor os agrade.

— Consiento, dijo Regina, esta noche á las once, le veréis, caballero.

— ¿En el jardín?

— En el jardín.

— ¿De qué modo le prevendréis?

— Es inútil prevenirle, porque le espero.

— ¿Pero, y si no viniese?

— Vendrá.

Esta promesa no parecia que satisfacía al conde.

— Hé aquí la seguridad de una mujer enamorada.

Regina se sonrojó más aún por su marido que por ella misma.

El conde prosiguió:

— Puede suceder que no venga á pesar de todo.

— Sin duda, todo es posible.

— Pues bien, es preciso preverlo.

— ¿Qué vais á pedirme?

— Por cierto una cosa bien sencilla, dos letras escritas por vos misma.

— ¿Por mí?

— Sí, sed lo bastante buena para dignaros escribirle.

— Sea como deseáis, dijo la princesa de repente; le escribiré.

— ¿Cuándo?

— Cuando hayáis salido.

— ¿Y por qué no habéis de escribirle estando yo presente?

— ¿Desconfiáis de mí?

— Yo he descubierto mi juego; ¿por qué rehusáis vos descubrir el vuestro?

— ¿Qué queréis que le escriba?

— Estas simples palabras: «No faltéis por nada del mundo en venir esta noche á las once.» Yo me encargo de lo demás.

Regina le miró con espanto.

— ¿Jamás! exclamó...

— Bien, dijo el conde tomando su sombrero y dirigiéndose hacia la puerta; yo sé lo que me queda que hacer.

— Caballero, ¿adónde vais?

— Es bien sencillo, voy á casa de Mr. Petrus, y le diré: «Mr. Herbel, vos sois el amante de mi mujer.»

— ¡Oh! vos sabéis bien que nosotros no nos amamos, que él no es mi amante, y que yo tampoco soy su querida.

— Lo sé, pero yo no necesito demostrarlo y por tanto solo le diré: «Mr. Herbel, vos sois el amante de mi mujer.»

— Vos comprenderéis lo demás; mañana nos batiremos. Fácilmente se comprende que no ha de ser un duelo á primera sangre. Yo le mataré ó él me matará. Si le mato, le perderéis para siempre; si me mata, el mundo, el pudor, la conciencia pública os prohibirá el que toméis por marido ó por amante á aquel cuyas manos estarán enrojecidas con mi sangre. Esto es muy claro. Sin contar con que mi

duelo con Mr. Petrus explica mi desafío con el mariscal.

— En verdad, caballero, que tenéis una espantosa lógica.

— Según eso, vos vais á escribirle.

— Si, le escribiré; pero sabed que en todo esto soy inocente y pura como las vírgenes que se echan á los leones del circo, y que Dios hace un milagro por ellas. Vos me obligáis á que le escriba esta carta; yo la pongo bajo la protección de Dios. Si vos aborrecéis á un hombre que jamás os ha causado mal, el daño que vos le hagáis, creed en mi predicción, recaerá sobre vos mismo.

En seguida tomó la pluma, escribió la frase exigida por el conde, y tomando la carta le dijo:

— Ved aquí la carta, señor mariscal; pero no sé por qué razón me parece que acabo de firmar alguna cosa parecida á vuestro decreto de muerte. ¡Tened cuidado!

Después se alejó y volvió á repetir antes de cerrar la puerta al retirarse:

— Tened cuidado, y al mismo tiempo levantó solemnemente la mano hacia el cielo.

CAPÍTULO VI.

DIPLOMACIA DE LA CASUALIDAD.

El lector, lo mismo que Regina, habrá adivinado que todo esto era una asechanza que preparaba el conde de Rappt.

Un hombre se introducía durante la noche en su casa.

él le encontraba en su jardín: La hora avanzada le permitía tomarle por un ladrón; mataba á este hombre y todo estaba concluido.

Pero nos engañamos, no estaba concluido todo; porque en el bolsillo de aquel hombre se encontraba un billete de Regina en que se decía:

« No faltéis por nada del mundo en venir mañana. »

Este no era un ladrón; estaba bien claro, era un amante.

En cualquier caso, Mr. Rappt no era culpable más que con circunstancias tan atenuantes, que se libraba de la justicia de los hombres.

Hay más: la muerte de Petrus, y el flagrante delito de la condesa explicaban su duelo del día siguiente con el mariscal de Lamothe-Houdón, inconcebible sin esta circunstancia.

Era por consiguiente un negocio que era preciso arreglar.

Por otra parte, no había tiempo que perder; era evidente que Regina, apenas se viera libre, iba á escribir á Petrus: « No vengáis. »

La carta en que le decía que viniese, era inútil si recibía contraorden.

Tendió la mano, y tocó tres veces la campanilla. Era el modo que tenía de llamar á Bordier. Después fué á colocarse á la ventana para ver todas las personas que saliesen de las habitaciones de la princesa Regina.

Bordier entró.

Bordier se detuvo á la puerta.

— Entrad, entrad, le dijo precipitadamente el conde Rappt.

Bordier se adelantó.

— Tenemos que hablar de cosas serias; escuchadme bien.

— ¿No estáis malo, señor conde? preguntó el secretario al ver el rostro pálido y agitado de Mr. Rappt.

— No, Bordier, gracias: pero ya sabéis la muerte de la princesa Rina; vos sabéis que en la cámara misma de la enferma he tenido un violento altercado con el mariscal; ¿sabéis que según todas las probabilidades me bato mañana ó pasado con él?

— ¡Vos, señor conde! exclamó espantado el secretario.

— Sí, yo. Pero no hay motivo para que os aterroricéis; sabéis que apetezco la vida, y que la defenderé contra cualquiera que la ataque. Así no es del duelo de lo que yo os hablo, sino de las consecuencias que puede tener. Las observaciones que os tengo hechas me hacen temer un lazo, y tengo necesidad de vuestro concurso para no caer en él.

— Hablad, señor conde; vos sabéis que mi vida os pertenece.

— No he dudado jamás de vos; y esta es la razón precisamente de que me confie también á vuestros servicios. En el caso de que me sucediese una desgracia, tendríais que ocuparos de ella; ved aquí vuestro nombramiento de subprefecto que he recibido hace cosa de una hora.

— ¡Oh, señor conde! después de los muchos servicios que os debo, ¿cómo es posible que me encuentre frente á frente con vos?

— Os lo voy á decir.

El conde siguió un momento con la vista á una persona que salió de las habitaciones de Regina; pero como no tomase la dirección de la calle, se volvió de nuevo hacia Bordier.

— ¿Conocéis á Mr. Petrus Herbel? le preguntó.

— Sí, señor conde.

— Necesito de un hombre de confianza para entregarle una carta, y he contado con vos.

— ¿Y no es más que eso, señor conde? preguntó Bordier admirado.

— Escuchad, ¿tenéis en vuestro despacho dos hombres de quienes podáis responder como de vos mismo?

— Como de mí mismo, señor conde, el uno desea un estanco, el otro una oficina de timbre.

— Si son leales é inteligentes, ambos obtendrán lo que desean.

— Bien.

— Vos diréis á uno de estos hombres que se coloque en el boulevard de los Inválidos, y que no se separe de allí hasta que vea salir por la verja á Anita, la nodriza de la condesa. Luego que haya salido, la seguirá á bastante distancia: si la ve dirigirse hacia la parte de la calle de Notre-Dame-des-Champs, donde habita Petrus, se colocará delante, y en el momento que se pueda asegurar de que efectivamente va á su casa, la dirá: « En nombre del señor conde Rappt, entregadme la carta que lleváis, ó de lo contrario os pongo presa. » Anita es muy adicta á la condesa, pero es una anciana y es todavía más miedosa que desinteresada.

— Se ejecutará todo conforme lo decís, y como mis dos hombres tienen un aire imponente, espero que no hará ninguna resistencia; no hay por lo tanto más que un temor.

— ¿Cuál?

— El que mientras estamos hablando no esté ya en marcha la señora Anita.

— ¿Qué hago entonces yo en esta ventana? No, estad seguro, Bordier; desde que la condesa me ha dejado, nadie ha salido, pero como se puede salir de un momento á

otro, es preciso que vuestros dos hombres se pongan en disposición de obrar y sin pérdida de un solo instante.

— Contad conmigo, señor conde, dijo Bordier saludando y disponiéndose á retirarse.

— Escuchad, Bordier, otra sola palabra, dijo Mr. Rappt, olvidáis lo principal. Después sacando del bolsillo la carta dirigida á Petrus por la princesa; ved aquí la carta, le dijo, sabed que no debe ser entregada más que á él mismo ó á su criado de confianza, á quien encargaréis muy especialmente que se la entregue en seguida, y cuando volváis, me daréis cuenta del resultado.

Luego que estuvo bien enterado Bordier, se retiró y fué á colocar sus dos hombres en la emboscada, se rodeó hasta los ojos en una gran capa, y se dirigió hacia la calle de Notre-Dame-des-Champs.

Mientras se dirigía á paso precipitado hacia la casa de Petrus, un hombre no menos tapado que él pero que caminaba á paso lento y mesurado, un verdadero empleado del gobierno, se dirigía al hotel de Lamothe-Houdón con una carta dirigida por Petrus á la condesa Regina.

Luego que el conde Rappt, después de una hora, hizo toda clase de combinaciones, creyó haberlo previsto todo, no se ocupó para nada del factor, es decir, del que consideraba el ser más insignificante del mundo; de suerte, que en el mismo momento en que se retiró á su habitación la princesa escribía con mano temblorosa las siguientes líneas.

« Querido Petrus: Cualquier invitación que recibáis de mi parte para venir esta noche, no la deis crédito; tiene sobre nosotros esta cita un peligro que solamente nuestra ausencia puede conjurar.

REGINA. »

Anita entró trayendo una carta del mismo Petrus, á quien Regina escribía.

Hé aquí lo que decía Petrus:

« Empiezo mi carta por donde debiera concluirla; Regina, yo os amo.

» ¡Pero ay! no espere hablar de amor para lo que os escribo; tengo que anunciaros una espantosa noticia, terrible, cruel, una noticia que no tiene semejante; una noticia que va á comprimir vuestro corazón, si vuestro corazón está hecho de la misma materia que el mío, mi querida Regina. Nosotros no nos veremos esta noche, quizá no podamos vernos hasta dentro de dos ó tres días.

» ¡Conocéis acaso, sea el que fuere el idioma en que se hable, palabras que resuenen más dolorosamente en el oído que éstas: ¡Yo no os veré! Y sin embargo estoy condenado á escribirlas, y vos, mi adorada Regina, condenada á leerlas.

» Y lo que aun me aflige todavía más, es no tener el derecho de enojarme ni maldecir la causa de nuestra separación.

» Hé aquí lo que ha sucedido: Hoy á las cinco de la mañana, el criado de mi tío ha entrado en casa, pálido y desencajado, para venir á anunciarme que un acceso de gota más violento que ninguno de los que hasta ahora ha sufrido, acababa de atacar á mi pobre tío.

» Estaba muy malo y deseaba que le acompañase.

» Tomo mi abrigo, mi sombrero y subo á mi carruaje, todo esto, ya lo comprenderéis bien, Regina, fué obra de un segundo.

» He encontrado á mi pobre tío en un estado deplorable; es decir, revolcándose sobre su lecho como un epilép-

tico y lanzando alaridos como los de una bestia salvaje.

» Á las nueve, ha tenido un momento de calma; entonces, al verme sentado á su cabecera y recordando los cuidados que yo tomaba por él desde hacia algunas horas, me ha apretado enérgicamente las manos, y dos gruesas lágrimas de reconocimiento han rodado de sus ojos. Me ha dicho si consentiría en quedarme algún tiempo á su lado, no le he dejado acabar, y le he dicho que haría lo que desearse.

» Yo no podría explicaros, mi amor querido, los transportes de alegría que han inundado su rostro cuando le he dado estas seguridades.

» Héme aquí establecido en enfermero por dos días, por tres, por cuatro quizás; pero entendedme bien, mi querida Regina, soy enfermero pero no estoy preso, es decir, que pasado el suceso recobraré mi libertad sin duda alguna limitada, pero querida y adorada por mí, puesto que me servirá de ella para ir á deciros lo que os escribo en esta carta: ¡Yo os amo!

» Veis que concluyo por donde he dado principio. Yo no os exijo que me escribáis, os lo suplico solamente: porque no necesito más que de vuestras cartas para mostrar á mi pobre tío esa fisonomía agradable que recibe con tanto placer el enfermo.»

Esta noticia, que en cualquier otra situación hubiera sido, como decía Petrus, un martirio para Regina, produjo en ella un efecto completamente opuesto.

— ¡Se ha salvado! exclamó juntando las manos y levantando los ojos al cielo para dar gracias á Dios.

Después rompiendo su primera carta, escribió otra en que decía:

« Que Dios os bendiga, mi querido Petrus. Vuestra letra ha llegado á mis manos como un rayo de luz en una obscura noche. Mi pobre madre ha muerto esta mañana, y al recibir vuestra carta sólo he pensado en una cosa, en aumentar el amor que yo tenía hacia vos con el que tenía también por ella.

» Os había escrito para que no faltaseis en venir esta noche; si recibíais esta carta, no hagáis caso ninguno de ella. Nosotros tenemos que llenar un sagrado deber cada uno por nuestra parte, vos el de velar el lecho del enfermo, yo el de orar al lado de la tumba de un cadáver.

» Resignémonos, pues, mi querido Petrus, á no vernos durante algunos días, pero estad seguro que lejos ó cerca, yo os amo siempre. No; esto no es bastante; ¡Yo te amo!

» REGINA. »

Luego que fué cerrada la carta se la entregó á Anita diciendo:

— Llevad esta carta á Petrus.

— ¿ Á la calle de Notre-Dame-des-Champs? preguntó Anita.

— No, á la calle de Varennes, casa del conde Herbel. Anita salió.

En el momento en que Anita atravesaba la puerta de la casa, los dos hombres de Mr. Rappt ó más bien de Bordier acababan de colocarse en el sitio convenido: el que se hallaba en la calle Plumet, al ver á Anita tomar la calle á la derecha y desaparecer en el ángulo del boulevard, la siguió á bastante distancia, según le había recomendado Mr. Rappt.

Luego que estuvo en el boulevard, el hombre de la calle Plumet se unió á su compañero y le dijo:

— La vieja no toma el camino de la calle de Notre-Dame-des-Champs, según me parece.

— Probablemente teme ser espiada, y da una gran vuelta, dijo el otro.

— En ese caso, sigámosla, dijo el primero.

— Sigámosla, repitió el segundo.

Y siguieron á la nodriza á unos quince ó veinte pasos de distancia.

La vieron llegar al hotel Courtenay.

Después penetró en el interior.

Como no se les había prevenido más que detener la carta que llevase á la calle de Notre-Dame-des-Champs, los dos hombres en lo que menos pensaron fué en echarse sobre ella en medio de la calle de Varennes.

Se retiraron del hotel y empezaron á reflexionar.

— No hay duda ninguna que ha venido á desempeñar alguna comisión, y en cuanto salga del hotel se irá por la parte del boulevard Montparnasse.

— Es probable, contestó el otro.

Después de unos cinco minutos, vieron á la nodriza volver á tomar exactamente el mismo camino que había llevado y entrar en el hotel de Lamothe-Houdón.

— Golpe inútil, dijo el primero volviendo á colocarse en su primera posición que tenía en el boulevard.

— Vamos á otro, continuó el segundo al mismo tiempo que iba á colocarse en la calle Plumet.

CAPÍTULO V.

EN QUE LA PROVIDENCIA EMPIEZA Á SUSTITUIR Á LA CASUALIDAD.

Veamos lo que pasaba en casa de Petrus mientras los unos y los otros se ocupaban de él con tanta solicitud.

Bordier llegaba á la calle de Notre-Dame-des-Champs en el momento mismo en que la princesa Regina recibía la carta de Petrus, simplemente puesta en el correo á las once de la mañana.

Petrus naturalmente no estaba en su casa; Bordier, por lo tanto, no encontró más que al criado.

— ¿El Sr. Petrus Herbel? preguntó.

— Ha salido en este momento, contestó el criado.

— ¿Y á qué hora le esperáis?

— De un momento á otro.

— Pues tomad esta carta. Es de la más alta importancia el que no se la entreguéis más que á él mismo.

— Está bien.

— Apenas vuelva se la daréis.

Bordier entregó la carta y se retiró.

Al volverse, tropezó con una persona.

— Tened cuidado, amigo, dijo altivamente el secretario.

Mr. Bordier daba en mal lugar, tropezaba precisamente con Salvador.

Salvador, al ver en el segundo piso un hombre embozado hasta los ojos, miró al que le había tropezado.